

reñita coqueas amorizaba, habrían de ir a la vejez, al mundo lo menos treinta veces, y buena pieza, hasta de tener el gigo que los ha alcanzado.

(E) Mundo Ilustrado.

Motín doméstico.

Madrid 11 de 1892.

Hay aquí un elemento de orden público que el mismo tiempo causa y ordena los muchos desórdenes particulares.

Lo que vive asegurado la tranquilidad de todos y el sosiego de la población entera, está produciendo de continuo ya en esta casa, ya en la otra, muchas inquietudes e incógnitas domésticas.

Lo que es un poderoso obstáculo a los tumultos populares de que está llena la historia contemporánea, es la vez motivo diario de muchos motines domésticos.

Estas dos partes son los soldados y las criadas.

Tener en Madrid una doncella, una cocinera, una criada, es tener mucho más de lo que parece a primera vista.

No se tiene solo una mujer que, como que gusta o que cría y asistido en la esquina de un confiteo en la puerta de la casa.

Un elemento perfectamente uniforme de que se pase de un extremo a otro de la calle esperando que salga la doncella, la cocinera o la criada.

Estas tres cosas son como un ejército, cuya cabeza está siempre en el cuartel inmediato.

Estos tres elementos están en la mañana, por la tarde y por la noche.

Es tener docela, criada, cocinera.

Es estar siempre a gusto del primer granadero o del primer cazador que pase por la calle.

Es la rebelión amorosa que a veces dentro de vuestra casa bajo la forma de una crisis.

Es un motín que estalla insolente en el comedor o en la cocina, y hasta en vuestro mismo dormitorio, apoyado por la fuerza pública.

Es tenerlo todo tarde, caro y malo.

Cambiar de criada no más que cambiar de rejimiento, de batallón o de compañía.

Hay algo en este comercio del servicio moral y del servicio doméstico que la moral pública debe mirar con ojos muy tristes.

Almancenar se llenan las plazuelas de Madrid de soldados y de criadas.

Espectáculo lleno de animación, cuyos detalles suelen costar bastante caro a la decencia y al bolsillo del que goza la fortuna de tener a su servicio una mujer militarmente enarbolada.

La guarnición de Madrid, desde el establo al cabal inclusive, disfruta una especie de *plac* que revive todas las mañanas en forma de bollos y de copas de a utiliente.

El amor es natural obsequio, y la criada que lleva la generosidad hasta la claridad su corazón en la punta de una bayoneta, no ha de cerrar la mano donde lleva el dinero de su amo.

Cajir otra cosa, sería indudablemente salirse de la moral.

La primera obligación de una criada es servir a su amo.

Sus movimientos en esta materia, amañados por la experiencia que da el haber corrido de casa en casa el mundo de Madrid, llegan generalmente a la altura que señalan el nivel de sus últimos descalzamientos.

Ellos saben que en el comercio humano no es mercadería.

Ninguno ignora que las cosas deben adquirirse por el menor precio posible.

El amigo que menos nos cuesta debe ser el mejor amigo.

La mejor manera de ser siempre la mejor madre de nuestros hijos.

Las criadas no pueden resistir a esta regla general, y buscan, como si buscaran una botella, un vestido o un pañuelo, el camino que menos merme el estrecho caudal de sus ahorros.

Ahora bien: hay algo que salga más barato que aquello que se adquiere con dinero.

Me parece que no es posible llevar más lejos el espíritu práctico de la economía.

Los soldados, que saben esto tan bien como la ordenanza, dedican sus largos actos a la pacífica tarea de hacer copias.

¿Qué distancia hay por ejemplo de la calle de las Carretas a la Plaza Mayor.

¿Qué tiempo se necesita para que una mujer sea una criada? ¿cuando desee serlo?

Un momento: se le enseña a medir el tiempo, la distancia y el movimiento, contrastando los minutos.

Hay las mismas preguntas a cualquier hora de vuestros vidas, y os diré:

Si la mujer es una criada y hay en la esquina un soldado, de la calle de Carretas a la Plaza Mayor hay dos leguas que para andarlas dos veces, necesitan lo menos dos horas.

Al acercarse es imposible andar veinte pasos sin tropezar más de una vez con parajes demasiado unitarios que se crean ocultos porque han cerrado los ojos a los ojos.

Después de lo que he dicho hasta el tope de la retorta podéis estar seguros de que no se lea a la casa.

El por ejemplo a Chamberi los días de fiesta.

No sé yo el que descubra los misterios que se ocultan en esos sitios.

El pulso de que frecuentemente se olvidan las cosas que en Madrid suelen ponerse delante de los ojos, es preciso que delenga la pluma.

El papel es así en la alguna más honesta que los hombres y que muchas mujeres, y por eso hay que echar sobre el un velo de tinta.

Ya sabemos como se rean en Madrid diez o doce mil hombres que tienen por la ley la ordenanza militar, y por esta un cuartel.

Han salido de la mano de sus familias obligados por un deber supremo.

Donde las legiones que cuestan esas separaciones.

Pero, ¿cómo se reúnen aquí diez o doce mil mujeres jóvenes sin más patrimonio que su cara, sin más compañía que la de su inocencia y su ignorancia?

¿De dónde salen? ¿Qué familias las arrojan de su seno?

Al cabo de ocho años vuelve el soldado a la casa de su padre y su madre y el orgullo de la familia, gero cuando vuelven esas pobres mujeres.

Aquí se conmueven, o lo que es peor, aquí se pierden.

Aquí se encuentran esas dos cosas: ellas se vuelven y ellas se quedan.

Ni hay nadie que arroje a las profundidades del mar la moneda que lleva en su mano, ni hay, sin embargo, muchas madres que arrojan a sus hijos en medio del revuelto ejército de Madrid.

Voy a concluir por el principio.

Dentro de una misma casa pueden presentarse ante los contrarios opiniones.

Acaba de renacer un conato de mudanza la tranquilidad pública, sórdida amañada, vuelve a reinar.

El padre de familia, acogido a los brazos de su mujer, se resaca los mirros llenos de satisfacción dando largos pasos por su aposento.

A la vez, la madre de familia, se lie a de resaca, espera a la de resaca, a la cocinera o a la criada que salió de casa a las nueve y no vuelve a la noche.

¿Dónde se ha ido? ¿Dónde se ha ido?

Y al mismo tiempo, ¿dónde se ha ido?

Si no hubiera un soldado ni para un remedio, estaríamos bien servidos por tranquilos.

J. S.

LA DISCUSION.

Montevideo, Setiembre 5 de 1892.

Va adelante la idea.

Publicamos a continuación una carta del Sr. D. Francisco A. Gomez, Presidente de la Comisión de Huellos, Salas, Salas y Comerciantes, dirigida a uno de los miembros de la Comisión nombrada por el gobierno de Buenos Aires para ocuparse de la gran cuestión de exportación de carnes conservadas.

La iniciativa a que el Sr. Gomez se refiere es la de la Comisión que, como he dicho, no puede dejar de encontrar bien dispuesto el espíritu de los miembros de la de Buenos Aires y a la vez que es una prueba del amor con que se trabaja para realizar la idea de abrir nuevos mercados para dar mayor extensión al consumo de nuestras carnes, bien se llama a los inconvenientes que podrían resultar de los trabajos asignados a una y otra comisión.

Los miembros que saben esto tan bien como la ordenanza, dedican sus largos actos a la pacífica tarea de hacer copias.

¿Qué distancia hay por ejemplo de la calle de las Carretas a la Plaza Mayor.

Que domine el mismo espíritu en las comisiones, que no haya en la Comisión de Huellos, Salas y Comerciantes, la misma que en la Comisión de Huellos, Salas y Comerciantes.

Un momento: se le enseña a medir el tiempo, la distancia y el movimiento, contrastando los minutos.

Hay las mismas preguntas a cualquier hora de vuestros vidas, y os diré:

Si la mujer es una criada y hay en la esquina un soldado, de la calle de Carretas a la Plaza Mayor hay dos leguas que para andarlas dos veces, necesitan lo menos dos horas.

Al acercarse es imposible andar veinte pasos sin tropezar más de una vez con parajes demasiado unitarios que se crean ocultos porque han cerrado los ojos a los ojos.

Después de lo que he dicho hasta el tope de la retorta podéis estar seguros de que no se lea a la casa.

El por ejemplo a Chamberi los días de fiesta.

No sé yo el que descubra los misterios que se ocultan en esos sitios.

El pulso de que frecuentemente se olvidan las cosas que en Madrid suelen ponerse delante de los ojos, es preciso que delenga la pluma.

El papel es así en la alguna más honesta que los hombres y que muchas mujeres, y por eso hay que echar sobre el un velo de tinta.

Ya sabemos como se rean en Madrid diez o doce mil hombres que tienen por la ley la ordenanza militar, y por esta un cuartel.

Han salido de la mano de sus familias obligados por un deber supremo.

Donde las legiones que cuestan esas separaciones.

Pero, ¿cómo se reúnen aquí diez o doce mil mujeres jóvenes sin más patrimonio que su cara, sin más compañía que la de su inocencia y su ignorancia?

¿De dónde salen? ¿Qué familias las arrojan de su seno?

Al cabo de ocho años vuelve el soldado a la casa de su padre y su madre y el orgullo de la familia, gero cuando vuelven esas pobres mujeres.

Aquí se conmueven, o lo que es peor, aquí se pierden.

Aquí se encuentran esas dos cosas: ellas se vuelven y ellas se quedan.

Ni hay nadie que arroje a las profundidades del mar la moneda que lleva en su mano, ni hay, sin embargo, muchas madres que arrojan a sus hijos en medio del revuelto ejército de Madrid.

Voy a concluir por el principio.

Dentro de una misma casa pueden presentarse ante los contrarios opiniones.

Acaba de renacer un conato de mudanza la tranquilidad pública, sórdida amañada, vuelve a reinar.

El padre de familia, acogido a los brazos de su mujer, se resaca los mirros llenos de satisfacción dando largos pasos por su aposento.

A la vez, la madre de familia, se lie a de resaca, espera a la de resaca, a la cocinera o a la criada que salió de casa a las nueve y no vuelve a la noche.

¿Dónde se ha ido? ¿Dónde se ha ido?

Y al mismo tiempo, ¿dónde se ha ido?

Si no hubiera un soldado ni para un remedio, estaríamos bien servidos por tranquilos.

J. S.

LA DISCUSION.

Montevideo, Setiembre 5 de 1892.

Va adelante la idea.

Publicamos a continuación una carta del Sr. D. Francisco A. Gomez, Presidente de la Comisión de Huellos, Salas, Salas y Comerciantes, dirigida a uno de los miembros de la Comisión nombrada por el gobierno de Buenos Aires para ocuparse de la gran cuestión de exportación de carnes conservadas.

La iniciativa a que el Sr. Gomez se refiere es la de la Comisión que, como he dicho, no puede dejar de encontrar bien dispuesto el espíritu de los miembros de la de Buenos Aires y a la vez que es una prueba del amor con que se trabaja para realizar la idea de abrir nuevos mercados para dar mayor extensión al consumo de nuestras carnes, bien se llama a los inconvenientes que podrían resultar de los trabajos asignados a una y otra comisión.

Los miembros que saben esto tan bien como la ordenanza, dedican sus largos actos a la pacífica tarea de hacer copias.

¿Qué distancia hay por ejemplo de la calle de las Carretas a la Plaza Mayor.

Que domine el mismo espíritu en las comisiones, que no haya en la Comisión de Huellos, Salas y Comerciantes, la misma que en la Comisión de Huellos, Salas y Comerciantes.

Un momento: se le enseña a medir el tiempo, la distancia y el movimiento, contrastando los minutos.

Hay las mismas preguntas a cualquier hora de vuestros vidas, y os diré:

Si la mujer es una criada y hay en la esquina un soldado, de la calle de Carretas a la Plaza Mayor hay dos leguas que para andarlas dos veces, necesitan lo menos dos horas.

Al acercarse es imposible andar veinte pasos sin tropezar más de una vez con parajes demasiado unitarios que se crean ocultos porque han cerrado los ojos a los ojos.

Después de lo que he dicho hasta el tope de la retorta podéis estar seguros de que no se lea a la casa.

El por ejemplo a Chamberi los días de fiesta.

No sé yo el que descubra los misterios que se ocultan en esos sitios.

El pulso de que frecuentemente se olvidan las cosas que en Madrid suelen ponerse delante de los ojos, es preciso que delenga la pluma.

El papel es así en la alguna más honesta que los hombres y que muchas mujeres, y por eso hay que echar sobre el un velo de tinta.

Ya sabemos como se rean en Madrid diez o doce mil hombres que tienen por la ley la ordenanza militar, y por esta un cuartel.

Han salido de la mano de sus familias obligados por un deber supremo.

Donde las legiones que cuestan esas separaciones.

Pero, ¿cómo se reúnen aquí diez o doce mil mujeres jóvenes sin más patrimonio que su cara, sin más compañía que la de su inocencia y su ignorancia?

¿De dónde salen? ¿Qué familias las arrojan de su seno?

Al cabo de ocho años vuelve el soldado a la casa de su padre y su madre y el orgullo de la familia, gero cuando vuelven esas pobres mujeres.

Aquí se conmueven, o lo que es peor, aquí se pierden.

Aquí se encuentran esas dos cosas: ellas se vuelven y ellas se quedan.

Ni hay nadie que arroje a las profundidades del mar la moneda que lleva en su mano, ni hay, sin embargo, muchas madres que arrojan a sus hijos en medio del revuelto ejército de Madrid.

Voy a concluir por el principio.

Dentro de una misma casa pueden presentarse ante los contrarios opiniones.

Acaba de renacer un conato de mudanza la tranquilidad pública, sórdida amañada, vuelve a reinar.

El padre de familia, acogido a los brazos de su mujer, se resaca los mirros llenos de satisfacción dando largos pasos por su aposento.

A la vez, la madre de familia, se lie a de resaca, espera a la de resaca, a la cocinera o a la criada que salió de casa a las nueve y no vuelve a la noche.

¿Dónde se ha ido? ¿Dónde se ha ido?

Y al mismo tiempo, ¿dónde se ha ido?

Si no hubiera un soldado ni para un remedio, estaríamos bien servidos por tranquilos.

J. S.

LA DISCUSION.

Montevideo, Setiembre 5 de 1892.

Va adelante la idea.

Publicamos a continuación una carta del Sr. D. Francisco A. Gomez, Presidente de la Comisión de Huellos, Salas, Salas y Comerciantes, dirigida a uno de los miembros de la Comisión nombrada por el gobierno de Buenos Aires para ocuparse de la gran cuestión de exportación de carnes conservadas.

La iniciativa a que el Sr. Gomez se refiere es la de la Comisión que, como he dicho, no puede dejar de encontrar bien dispuesto el espíritu de los miembros de la de Buenos Aires y a la vez que es una prueba del amor con que se trabaja para realizar la idea de abrir nuevos mercados para dar mayor extensión al consumo de nuestras carnes, bien se llama a los inconvenientes que podrían resultar de los trabajos asignados a una y otra comisión.

Los miembros que saben esto tan bien como la ordenanza, dedican sus largos actos a la pacífica tarea de hacer copias.

¿Qué distancia hay por ejemplo de la calle de las Carretas a la Plaza Mayor.

Que domine el mismo espíritu en las comisiones, que no haya en la Comisión de Huellos, Salas y Comerciantes, la misma que en la Comisión de Huellos, Salas y Comerciantes.

Un momento: se le enseña a medir el tiempo, la distancia y el movimiento, contrastando los minutos.

Hay las mismas preguntas a cualquier hora de vuestros vidas, y os diré:

Si la mujer es una criada y hay en la esquina un soldado, de la calle de Carretas a la Plaza Mayor hay dos leguas que para andarlas dos veces, necesitan lo menos dos horas.

Al acercarse es imposible andar veinte pasos sin tropezar más de una vez con parajes demasiado unitarios que se crean ocultos porque han cerrado los ojos a los ojos.

Después de lo que he dicho hasta el tope de la retorta podéis estar seguros de que no se lea a la casa.

El por ejemplo a Chamberi los días de fiesta.

No sé yo el que descubra los misterios que se ocultan en esos sitios.

El pulso de que frecuentemente se olvidan las cosas que en Madrid suelen ponerse delante de los ojos, es preciso que delenga la pluma.

El papel es así en la alguna más honesta que los hombres y que muchas mujeres, y por eso hay que echar sobre el un velo de tinta.

Ya sabemos como se rean en Madrid diez o doce mil hombres que tienen por la ley la ordenanza militar, y por esta un cuartel.

Han salido de la mano de sus familias obligados por un deber supremo.

Donde las legiones que cuestan esas separaciones.

Pero, ¿cómo se reúnen aquí diez o doce mil mujeres jóvenes sin más patrimonio que su cara, sin más compañía que la de su inocencia y su ignorancia?

¿De dónde salen? ¿Qué familias las arrojan de su seno?

Al cabo de ocho años vuelve el soldado a la casa de su padre y su madre y el orgullo de la familia, gero cuando vuelven esas pobres mujeres.

Aquí se conmueven, o lo que es peor, aquí se pierden.

Aquí se encuentran esas dos cosas: ellas se vuelven y ellas se quedan.

Ni hay nadie que arroje a las profundidades del mar la moneda que lleva en su mano, ni hay, sin embargo, muchas madres que arrojan a sus hijos en medio del revuelto ejército de Madrid.

Voy a concluir por el principio.

Dentro de una misma casa pueden presentarse ante los contrarios opiniones.

Acaba de renacer un conato de mudanza la tranquilidad pública, sórdida amañada, vuelve a reinar.

El padre de familia, acogido a los brazos de su mujer, se resaca los mirros llenos de satisfacción dando largos pasos por su aposento.

A la vez, la madre de familia, se lie a de resaca, espera a la de resaca, a la cocinera o a la criada que salió de casa a las nueve y no vuelve a la noche.

¿Dónde se ha ido? ¿Dónde se ha ido?

Y al mismo tiempo, ¿dónde se ha ido?

Si no hubiera un soldado ni para un remedio, estaríamos bien servidos por tranquilos.

J. S.

LA DISCUSION.

Montevideo, Setiembre 5 de 1892.

Va adelante la idea.

Publicamos a continuación una carta del Sr. D. Francisco A. Gomez, Presidente de la Comisión de Huellos, Salas, Salas y Comerciantes, dirigida a uno de los miembros de la Comisión nombrada por el gobierno de Buenos Aires para ocuparse de la gran cuestión de exportación de carnes conservadas.

La iniciativa a que el Sr. Gomez se refiere es la de la Comisión que, como he dicho, no puede dejar de encontrar bien dispuesto el espíritu de los miembros de la de Buenos Aires y a la vez que es una prueba del amor con que se trabaja para realizar la idea de abrir nuevos mercados para dar mayor extensión al consumo de nuestras carnes, bien se llama a los inconvenientes que podrían resultar de los trabajos asignados a una y otra comisión.

Los miembros que saben esto tan bien como la ordenanza, dedican sus largos actos a la pacífica tarea de hacer copias.

¿Qué distancia hay por ejemplo de la calle de las Carretas a la Plaza Mayor.

Que domine el mismo espíritu en las comisiones, que no haya en la Comisión de Huellos, Salas y Comerciantes, la misma que en la Comisión de Huellos, Salas y Comerciantes.

Un momento: se le enseña a medir el tiempo, la distancia y el movimiento, contrastando los minutos.

Hay las mismas preguntas a cualquier hora de vuestros vidas, y os diré:

Si la mujer es una criada y hay en la esquina un soldado, de la calle de Carretas a la Plaza Mayor hay dos leguas que para andarlas dos veces, necesitan lo menos dos horas.

Al acercarse es imposible andar veinte pasos sin tropezar más de una vez con parajes demasiado unitarios que se crean ocultos porque han cerrado los ojos a los ojos.

Después de lo que he dicho hasta el tope de la retorta podéis estar seguros de que no se lea a la casa.

El por ejemplo a Chamberi los días de fiesta.

No sé yo el que descubra los misterios que se ocultan en esos sitios.

El pulso de que frecuentemente se olvidan las cosas que en Madrid suelen ponerse delante de los ojos, es preciso que delenga la pluma.

El papel es así en la alguna más honesta que los hombres y que muchas mujeres, y por eso hay que echar sobre el un velo de tinta.

Ya sabemos como se rean en Madrid diez o doce mil hombres que tienen por la ley la ordenanza militar, y por esta un cuartel.

Han salido de la mano de sus familias obligados por un deber supremo.

Donde las legiones que cuestan esas separaciones.

Pero, ¿cómo se reúnen aquí diez o doce mil mujeres jóvenes sin más patrimonio que su cara, sin más compañía que la de su inocencia y su ignorancia?

¿De dónde salen? ¿Qué familias las arrojan de su seno?

Al cabo de ocho años vuelve el soldado a la casa de su padre y su madre y el orgullo de la familia, gero cuando vuelven esas pobres mujeres.

Aquí se conmueven, o lo que es peor, aquí se pierden.

Aquí se encuentran esas dos cosas: ellas se vuelven y ellas se quedan.

Ni hay nadie que arroje a las profundidades del mar la moneda que lleva en su mano, ni hay, sin embargo, muchas madres que arrojan a sus hijos en medio del revuelto ejército de Madrid.

Voy a concluir por el principio.

Dentro de una misma casa pueden presentarse ante los contrarios opiniones.

Acaba de renacer un conato de mudanza la tranquilidad pública, sórdida amañada, vuelve a reinar.

El padre de familia, acogido a los brazos de su mujer, se resaca los mirros llenos de satisfacción dando largos pasos por su aposento.

A la vez, la madre de familia, se lie a de resaca, espera a la de resaca, a la cocinera o a la criada que salió de casa a las nueve y no vuelve a la noche.

¿Dónde se ha ido? ¿Dónde se ha ido?

Y al mismo tiempo, ¿dónde se ha ido?

Si no hubiera un soldado ni para un remedio, estaríamos bien servidos por tranquilos.

J. S.

LA DISCUSION.

Montevideo, Setiembre 5 de 1892.

Va adelante la idea.

Publicamos a continuación una carta del Sr. D. Francisco A. Gomez, Presidente de la Comisión de Huellos, Salas, Salas y Comerciantes, dirigida a uno de los miembros de la Comisión nombrada por el gobierno de Buenos Aires para ocuparse de la gran cuestión de exportación de carnes conservadas.

La iniciativa a que el Sr. Gomez se refiere es la de la Comisión que, como he dicho, no puede dejar de encontrar bien dispuesto el espíritu de los miembros de la de Buenos Aires y a la vez que es una prueba del amor con que se trabaja para realizar la idea de abrir nuevos mercados para dar mayor extensión al consumo de nuestras carnes, bien se llama a los inconvenientes que podrían resultar de los trabajos asignados a una y otra comisión.

Los miembros que saben esto tan bien como la ordenanza, dedican sus largos actos a la pacífica tarea de hacer copias.

¿Qué distancia hay por ejemplo de la calle de las Carretas a la Plaza Mayor.

Que domine el mismo espíritu en las comisiones, que no haya en la Comisión de Huellos, Salas y Comerciantes, la misma que en la Comisión de Huellos, Salas y Comerciantes.

Un momento: se le enseña a medir el tiempo, la distancia y el movimiento, contrastando los minutos.

Hay las mismas preguntas a cualquier hora de vuestros vidas, y os diré:

Si la mujer es una criada y hay en la esquina un soldado, de la calle de Carretas a la Plaza Mayor hay dos leguas que para andarlas dos veces, necesitan lo menos dos horas.

Al acercarse es imposible andar veinte pasos sin tropezar más de una vez con parajes demasiado unitarios que se crean ocultos porque han cerrado los

